



CAPÍTULO XXX

Llega el último trance de la vida de Rosa. Queda dulcemente desmayada y entrega su alma al Criador.

ACERCÓSE ya finalmente el tiempo deseado, en que Rosa consumida y exhausta, no tanto por el exceso del calor, que concluye con las flores, cuanto por falta de agua, llegó á secarse: para desnudarse de espinas y tormentos, renaciendo más pomposa en el ameno paraíso de su Esposo celestial. Ya no podían ocultarse las señas mortales que se descubrían en la enferma, con gran alegría suya; logrando por este medio que se le abriese puerta espaciosa para tratar sólo del bien de su alma, levantando la mano la medicina de aplicar remedios al cuerpo. Con esto llamando á cada punto á los confesores, trataba de purificar la conciencia delicada con toda diligencia, repitiendo muy á menudo las confesiones. Si una vez confesó generalmente, muchas más brevemente de los escrúpulos que la ocurrían siempre; acusándose con lágrimas y sollozos, que en voz alta testificaban las veras con que le dolía de cuanto le parecía culpa, por ligera que fuese. Llegó á tanto, que desde

muy lejos se oían los gemidos, y fueron ocasión á muchos de compungirse; admirándose todos que siendo tan retraída en quejarse cuando tanto la apuraban los dolores del cuerpo, ahora no pudiendo disimular ligeras enfermedades del alma, se quejase tan amargamente y en voz tan alta.

Después de esto, tres días antes de su dichoso tránsito, cruzadas las manos en forma de hacer oración, con voz quebrantada y llorosa pidió el divino Viático y la Extremaunción. Luego que oyó que le traían el convite eucarístico, con el rostro rosado como aurora resplandeciente, se bañó de hermosura; y sin poder detener los raudales y avenidas del gozo que anegaba su espíritu, cayó en dulcísimo éxtasis; quedando atónitos cuantos allí se hallaron, de ver que con todo eso respondía á tiempo y con expedición á cuanto la preguntaba el párroco, teniendo en las manos, como es costumbre, la Hostia consagrada. Apenas recibió el divino sacramento, pálido el rostro, sin mover los labios, se quedó tan suspensa y fija, que dudaron largo rato los circunstantes, si había pasado la hostia. Finalmente el Maestro Lorenzana temeroso de que no pudiese pasar la forma, como tenía tan secas las fauces, preguntó lo que en esto había. Rosa volviendo en sí repentinamente á la voz del confesor, como si despertara de un profundo letargo, respondió: «Que había ya bajado al estómago»; pero acordándose el maestro de los maravillosos efectos que como divino sol obraba en la virgen, este vivífico Sacramento, como ella lo había dicho y referimos antes, la exhortó brevemente diciendo que: «ahora era el tiempo de gozar más suavemente de su calor y luces, y el sol eucarístico, que es verdaderamente agosto, había venido á hacer la última visita á la virgen, llenando su alma y cuerpo de bienes y resplandores.»

Aunque Rosa estuvo yerta, inmovil, y arrebatada en éxtasis al recibir el divino Viático, cuando llegó el instante de administrarla la Extremaunción se notó en

ella que todos los sentidos estaban libres y expeditos. Fué aquel sagrado Oleo unguento de alegría, que sintió la animaba para el triunfo, además de disponerla para el conflicto de la última agonía; estando ya muy certificada que sin tocar en las llamas del Purgatorio había de caminar derecha al tálamo del soberano Esposo; y que en unión eterna había de consumir matrimonio espiritual con Dios. Muchas veces repitió á los circunstantes la profesión de la fé con la más alta y clara voz que pudo, aunque estaba tan debilitada de fuerzas; protestando no sin interior júbilo y aun con señales de alegría exterior: «que siempre había vivido, y moría ahora confesándose por hija de la Santa Iglesia Romana, universal madre de todos los fieles cristianos; que siempre había creído, y ahora creía con toda firmeza, cuanto propone y enseña que debe creerse la Santa Silla Apostólica, Maestra de los Cáticos, y que nunca se quería apartar mientras le durase el juicio y la razón de la firmeza solidísima de esta fe que profesaba ahora y profesó en el bautismo.» Siguiose después de esto la protesta de confesar pública y devotamente que moría como hija legítima de su gran Patriarca Santo Domingo; y así quiso tener á su vista y á la de todos hasta que murió el blanco escapulario extendido en la cama sobre la ropa, como insignia, y bandera, debajo de la cual había militado, y merecido muchas coronas, desde que le recibió; sin dejar de merecer gloriosamente, hasta que rindió el último espíritu en manos de la muerte. Este el hábito que la Reina de los cielos entregó á sus hijos predilectos los Hermanos Predicadores, casi al punto en que comenzaron á existir en la Iglesia. Holgóse mucho, oyendo decir á su confesor el Maestro Fr. Juan de Lorenzana, que era costumbre en la Orden, poner extendido el escapulario sobre los moribundos, cosa que hasta entonces no había llegado á su noticia. Y así estando ya para morir besaba Rosa con más ternura el escapulario, que le señalaba el camino del empero, como vía láctea que guía al eterno descanso.

Había visitado á Rosa, vecina á la muerte, el Padre Fray Bartolomé Martínez, Prior del convento de la Magdalena de Lima, varón muy religioso, y muy celoso de la observancia en aquella Provincia, que había sido su confesor por espacio de cinco años. A este Padre pidió la enferma con ruegos humildes que la leyese un formulario muy detallado para rogar á Dios en aquel trance por todos los que en el discurso de su vida la hubiesen injuriado, ó hecho cualquier género de molestias, y pesadumbres. Vino en ello el piadoso Padre con buena voluntad. Leía él, y la virgen, con un santo crucifijo que tenía apretado en la mano, iba repitiendo cada palabra, y no se hartaba de decir aquellas dulcísimas, que Cristo pronunció en la cruz, estando para espirar: Padre y Señor perdonadios. Se enternecía su espíritu con la dulzura de estas palabras, se deleitaba su corazón, sin cansarle el detenerse en esta oración; porque cobraba fuerzas con repetirla. Cumplido este oficio de piedad, dió gracias al Padre Fr. Bartolomé, con gran suavidad y blandura, porque se había querido ocupar en obra de tanta piedad, y precio, como era haberla leído el prontuario de perdonar agravios; para que pudiese de algún modo imitar al divino Cordero, que en la cruz rogó con tantas ansias por sus enemigos. Después de haber acabado con este acto tan caritativo, pidió también que llamasen á todos los de la casa del contador D. Gonzalo, juzgando que, fuera de perdonar á los que la habían ofendido, era buena diligencia y digna de la obligación cristiana, solicitar que la perdonasen todos los que le parecía tener ó cansados con su trato, ú ofendidos con su modo de vida; y aunque á ninguno había sido ocasión, ni causa de pesadumbre, ni con palabras, ni con acciones, ni aun con el ademán más mínimo: con todo eso rogó á todos, y á cada uno de ellos que la perdonasen, con voz humilde y apesarada: «Si acaso á alguno había sido molesta, ya con el mal ejemplo que les había dado, obrando menos atentamente, ya faltando á la puntualidad que debía tener en acudirles,

ó con su modo de vivir singular y poco tratable, ó menos agradable de lo que convenía. Rogábales, que pues ya estaba tan cerca el término, no quisiesen perder el mérito y fruto de tan largo tiempo como habían gastado en asistirle, y que no malograsen la mucha paciencia que habían tenido en sufrirla.» Decía: «Que no estaba distante la hora en que la casa de D. Gonzalo se vería libre del fastidio de una rosa hedionda, y del peso inútil de una vil criatura, cual ella era.» A ninguno de los presentes dejó de sacar lágrimas el oír tan humildes palabras; porque para amar tiernísimamente á su Rosa, bastante motivo era para cada uno, el haberla conocido, y haber experimentado su santidad, inocencia y el abatimiento de su ánimo, el candor de sus costumbres y el deseo que tenía de agradar á todos.

Tenía bien entendido el contador D. Gonzalo lo mucho que deseaba la virgen, por lo mismo que había vivido con el hábito y en la obediencia de la orden de Santo Domingo, no tener sepultura fuera de su Religión, sino á los pies de sus hermanos. Temía juntamente, como varón prudente, que acaso habría diferencias y divisiones entre el párroco y los religiosos sobre llevar cada uno á su jurisdicción tan rico tesoro; y con todo eso no se atrevía á hablarla claro, conociendo su humildad; ni informarla del peligro y competencia que se temía, por lo que resultaba en honor y estimación de la virgen. Finalmente valiéndose de los ardides que le aconsejó el ingenio, suplicó á Rosa que el deseo que siempre tuvo de enterrarse en el convento, no por vía de testamento, sino rogando á los religiosos la hiciesen esta limosna, lo declarase así en una cédula que para este fin tenía ya escrita D. Gonzalo. Fácilmente vino en ello la virgen y puso su firma; juzgando que era acto de mayor humildad y abatimiento pedir de limosna la sepultura, y que era costumbre de su religión. A no persuadirse de esto, no fuera fácil reducirla á tener cuidado de su cuerpo, ni del lugar donde habían de enterrarla; porque atenta sola al espíritu, nada de este

mundo le pasaba por el pensamiento. Y esto era tan cierto, que le daba más pesadumbre el admitir visitas, aún de las matronas que más familiarmente solían tratarla, que su misma enfermedad; por más que iba aumentándose por instantes. Por lo cual, al paso que rogaba las despidiesen con buenas excusas y corteses pretextos, crecía también el gozo interior con irse aumentando más y más los dolores que le iban acabando. Por esta razón cuando más se embravecían los accidentes molestísimos de la ciática, solía decir con frecuencia: «Ea, Señor, apretad las cuerdas á los tormentos, no levantéis la mano por más que suban de punto; todo es poco para lo que merezco.» Advirtieron muchos que por el mismo caso que el cuerpo de la virgen iba desfalleciendo mortalmente, iba reforzándose el espíritu y recobraba nuevos bríos, seguridad y alegría, sin poder disimular el gozo que sentía y que explicaba con el modo de hablar y en el aspecto del rostro.

De hora en hora iba creciendo el alborozo y consuelo, como si tuviera en la memoria y hallara en sí verificadas las palabras del apóstol: «Cuando más enfermo, me hallo más robusto y más esforzado.» Cierta religioso varon, compadecido de los tormentos que padecía, la exhortaba á que tuviese valor y ánimo, considerando cómo se iba acercando más cada instante al dichoso término de la jornada que le había sido trabajosa; y que aquel ardor que la molestaba era para sazonar felizmente el alma y que fuese bocado regalado del divino Esposo. Respondió la virgen: «Eso es lo que estoy rogando á mi dulce dueño, que estos incendios me dispongan de suerte que como fruta madura pueda partir de aquí y ser puesta en la mesa de la gloria, sin que sea necesario gastar tiempo en las llamas del Purgatorio.»

Al fin de la vida eran más continuos los raptos dulcísimos con que iba de antemano comenzando á gustar los regalos del Paraíso. Pocas horas antes que espirase, volviendo algo en sí de la santa embriaguez que

estos gustos comunicaban al espíritu y casi sin poder sufrir tantos raudales de gozo, dijo en secreto al P. Fr. Francisco Nieto y á otros que se hallaron cerca y la estaban velando: «Oh Padre, si el corto plazo que me queda de vida lo permitiera ¡oh lo mucho que pudiera contarte que cosas tan dulces, tan preciosas y tan altas te diría de la suavidad divina! Ya me parto con indecible gozo á mirar eternamente aquel rostro hermosísimo que siempre busqué con entrañable deseo todo el tiempo que he peregrinado en esta vida.»

Presente estaba á la despedida de su hija su afligida madre; no se hallaba allí su padre á quien una enfermedad detenía en su casa; aunque por dar consuelo á la virgen que deseaba recibir de los dos la última bendición se hizo llevar en una silla de mano á casa de D. Gonzalo. Apenas llegó cuando viendo á la virgen tan desfigurada y mortalmente pálida no pudo contener los sollozos ni reprimir las lágrimas. Ni hubo allí persona por dura que fuese á quien no moviese á acompañar con llanto á los padres de Rosa, el ver aquél lúgubre espectáculo. En el ínterin, mitigando los que allí asistían, como mejor pudieron aquel nublado de lágrimas, Rosa con rostro apacible y suma reverencia besó á sus padres la mano, diciéndoles sin turbación ni ahogo: «Cuan poca parte de la vida que ellos la habían comunicado, le quedaba: y que así estando en la última línea, les pedía humildemente no la negasen su bendición.» Apenas la recibió volviendo los ojos á D. Gonzalo y á su esposa, guardó con ellos las mismas atenciones, porque les tenía en lugar de padres, y así también quiso disponerse para el arduo viaje que esperaba, con la bendición suya. Después llamando á sus dos hermanos, que estaban también presentes, y acercándolos á sí, les hizo una plática muy grave, acertada y sentenciosa; y entre otras cosas les encargó mucho y con gran eficacia: «Que atendiesen á honrar y servir con diligencia á sus padres,» como si á ejemplo del crucificado dijera: «Veis ahí á vuestra madre.» Hecho esto llamó luego á

las dos hijas del contador, que eran de poca edad, á quienes siempre había amado mucho, movida de su inocencia y buen natural. A éstas con energía admirable persuadía: «El temor de Dios, la afición y estudio de la virtud, el honor de sus padres y que procurasen por estos medios ser muy virtuosas y santas.» No con menor énfasis habló por su orden á todos los de la casa; advirtiéndoles á cada uno sus obligaciones, con gallardo y modesto estilo, encargándoles: «No echasen en olvido la piedad cristiana.» No parecía mujer sino un nuevo apóstol que predicaba.

Viendo el P. Maestro Fr. Juan de Lorenzana tanto espíritu y vigor en la virgen y el fervor con que predicaba se persuadió que no moriría en toda aquella noche. Era ya bien entrada, y era vigilia de S. Bartolomé y así determinó irse al convento por no faltar á maitines, empeñando su palabra que volvería muy de mañana. Mas la virgen, sabiendo que no le faltaban cuatro horas de vida, pidió con instancia que antes le dejase su bendición, dando á entender que muy en breve había de partir de este mundo. Y respondiendo el Padre que sería mejor dilatarlo hasta la mañana; que no faltaría tiempo, porque él había de volver en amaneciendo; Rosa sonriéndose con modesta gravedad, le dijo: «Has de saber, Padre mío, que esta noche cuando comience la fiesta de S. Bartolomé, he de partir yo á celebrar eternas fiestas en el cielo; ya estoy convidada para asistir á aquel espléndido y solemne convite; ya está señalada la hora. ¿No quieres que entre si veo ya la puertas abiertas?» Pronunciaba esto con tan sereno y agraciado rostro, con quietud tan alegre y segura, como si ya estuviera esperando á la entrada del paraíso con lámparas encendidas, y le dijeran lo que á las vírgenes prudentes: Al punto de media noche resonó una voz que decía: «Ya está aquí, ya llega el Esposo; salid á recibirle con los brazos abiertos.» Y á la verdad era así; pues al acercarse aquella hora, sintiendo Rosa que la llamaban, pidió con señas que la diesen la vela bendita de

los agonizantes. Se santiguó, como quien emprendía un negocio de mucha importancia; y no sabiendo su hermano con qué fin hacía estas acciones, insinuó que era ya llegado el último trance de la partida. Rogó que la quitasen la almohada; para que así reclinando la cabeza sobre el desnudo leño de la cabecera, se verificase que moría en Cruz. Finalmente estando con todos sus sentidos, entero el juicio, puestos en el cielo los ojos, sin señal alguna de pavor ó miedo, al pronunciar estas últimas, aunque dulcísimas palabras: «Jesús, Jesús sea conmigo», espiró tranquilamente.

Fué muy conforme á sus méritos, que pues Rosa en la edad infantil había dado principio á su oración con estas palabras, fuesen esas mismas aquellas con que despedía el espíritu; dando á entender con eso que cuando comenzaba á pisar los umbrales de la eternidad, llevaba consigo la divisa de la inocencia infantil, que no interrumpió jamás. Espiró cuando apenas había cumplido treinta y dos años y cinco meses, felizmente empleados; terminando con la dicha eterna que coronó el feliz curso de sus días.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO